

Por la estanflación, en Brasil las cabezas de pescado reemplazan a la carne

[Clique aquí para ver a notícia no site](#)

América Latina se ha convertido en la principal prueba del efecto que tiene el aumento de la inflación que se propaga por la economía mundial, y ningún país ha sufrido un brote tan intenso como Brasil.

Bloomberg — Los signos del dolor provocado por la inflación están por todas partes en las favelas que rodean las metrópolis de Brasil.

Está la leña recogida que reemplaza el gas para cocinar; y las cabezas y espinazos de pescado se reemplazan a la carne de res y pollo en los guisos; y las intrincadas etiquetas de alarma que los almaceneros envuelven alrededor de los cortes de carne para desalentar los robos; y la ola de grafitis con la palabra “hambre” en edificio tras edificio.

América Latina se ha convertido en la principal prueba del efecto que tiene el aumento de la inflación, que se propaga por la economía mundial, y ningún país ha sufrido un brote tan intenso como Brasil. Los precios al consumidor están subiendo a un ritmo anual de más del 10%, desde un 1,9% en 2020. Para empeorar las cosas, la economía ha vuelto a caer en recesión solo unos meses después de comenzar su tibia recuperación tras el colapso del año pasado.

Esta combinación, conocida en los círculos económicos como estanflación, está afectando especialmente a los brasileños más pobres. Alzas en el costo de los alimentos, el gas y la electricidad han llevado la inflación anual para las familias de bajos ingresos al 11,4%, según el Instituto de Pesquisa Econômica Aplicada, una agencia de investigación respaldada por el Estado conocida como IPEA. La tasa es mucho más baja (9,3%) para los más ricos, lo que deja de manifiesto una dura verdad: la pandemia ha exacerbado la desigualdad en América Latina y en gran parte del resto del mundo en desarrollo.

Para Rubia Alves, la inflación ha significado servir leche con chocolate y pan a sus dos hijos para la cena. Cuando los precios del gas para cocinar registran un alza del 30% este año, preparar platos brasileños básicos como arroz y frijoles se ha convertido en un lujo que no puede permitirse con el salario de US\$200 al mes que gana su esposo como portero en Brasilia.

“No puedo pasar dos horas con la estufa encendida”, dice Alves, de 29 años, desde su pequeña casa en un barrio pobre en las afueras de la ciudad capital.

Solo en el tercer trimestre, los salarios de los brasileños disminuyeron, en promedio, un 4% después de ajustarlos por inflación, según muestran los datos del Gobierno. Además, solo uno de cada cuatro niños que reciben asistencia del sistema de salud pública del Gobierno está comiendo tres comidas al día este año. En 2018, esa cifra era del 62%.

Todo esto significa problemas para el presidente, Jair Bolsonaro, un año antes de que busque la reelección. Con su popularidad en descenso, ha presentado varios programas para ayudar a los brasileños de clase trabajadora. Ello va en contra del consejo de sus asesores, que temen que las medidas solo aviven aún más la inflación. Uno de los programas sociales prácticamente duplicará las transferencias de efectivo a los pobres. Otro subvencionará el gas de cocina.

La inflación es un viejo enemigo de Brasil que los encargados de formular políticas monetarias pensaban que tenían bajo control durante las últimas tres décadas. Pero luego vino la pandemia, que provocó interrupciones en la cadena de suministro global y un aumento en el precio de los productos básicos e hizo que artículos como los alimentos y el combustible fueran más caros en todo el mundo.

En Brasil, el dolor se vio agravado por una sequía severa que aumentó el costo de producción de la energía y una caída de la moneda, lo que elevó aún más el costo de los bienes importados. El banco central ha aumentado fuertemente las tasas de interés este año: lo hizo en 5,75 puntos porcentuales, en un intento por estabilizar el real y sofocar la inflación.

El año pasado, la Administración de Bolsonaro gastó mucho para mitigar los efectos de la pandemia, llevando los niveles de pobreza extrema desde alrededor de 11% en 2019 a un récord de 4,6%, según datos de la Fundación Getulio Vargas. Pero una vez que se agotó la ayuda de emergencia a principios de este año, la pobreza volvió con fuerza. Hoy, la cifra se sitúa en el 13%.

Marcos Barreto puede observar las consecuencias en el número de víctimas de quemaduras que llegan al hospital público en el que trabaja en Recife, una ciudad costera en el norte de Brasil.

Una alternativa al gas para cocinar que los residentes de Recife han comenzado a usar es el etanol porque, dice, es más barato que el carbón, no deja olor a gasolina y es más fácil de encontrar en las ciudades que la leña. Pero la llama del etanol arde de color azul, lo que la hace peligrosa y difícil de ver. Barreto tiene tantos casos de quemaduras graves ahora, alrededor de 50 por mes, que a menudo se queda sin camas.

“La gente ha recurrido al etanol a un ritmo frenético”, dice.

La creciente brecha entre ricos y pobres es cada día más marcada. Hace unas semanas, un restaurante de carnes en Brasilia, popular entre políticos y cabilderos, anunció un festival de la carne de Kobe. Por 352 reales (US\$62), equivalente a aproximadamente un tercio del salario mínimo mensual del país, los clientes VIP podían darse un festín de casi un kilo de la exclusiva carne de wagyu.

A alrededor de 16 kilómetros de distancia, Nilda Maria da Silva no ha comido carne en meses. La vendedora ambulante de 65 años, que vende calcetines, bufandas y camisas en su puesto en una pequeña ciudad en las afueras de Brasilia, come solo un huevo mezclado con harina todos los días.

Ella dice que le preocupa que pronto no pueda pagar ni siquiera eso . Los huevos que compra son un 28% más caros que hace un año. Y la carne, la harina, el azúcar y las verduras han subido más de un 10%.

El aumento en los precios de la carne ha llevado a más personas a la pescadería de Wallace Dionisio a unas cuadras del puesto de da Silva. "El pescado es más barato que la carne, por lo que la gente compra más pescado", dice Dionisio.

Aun así, no son los costosos filetes de salmón o trucha lo que los compradores están llevando. Son los recortes más baratos, dice.

Los primero en la lista son las cabezas de pescado, que cuestan US\$1 cada una.

La última vez que Dionisio vio este nivel de demanda de cabezas fue durante la década de 1990, cuando era un niño ayudando a su padre en la tienda y la inflación superaba el 1.000% anual.

Le puede interesar:

©2021 Bloomberg L.P.